

El texto fotografiado de Álvaro Pombo

Aula de Fotografía de la Fundación General de la Universidad de Alcalá





El texto fotografiado
de Álvaro Pombo

Aula de Fotografía de la Fundación General de la Universidad de Alcalá

«Rudyard se vuelve Barraquito
con el viento del oeste.
Silba en las azoteas, sacude
las contraventanas, tumba las
sillas de las terrazas, tumba
el hermoso laurel de copa
redondeada que en los días
soleados evoca la geometría
francesa de un gran parque.»

Dos textos de la novela de Álvaro Pombo *El destino de un gato común* (Barcelona, Destino, 2020).

(En esta novela, en paralelo a la vivencia de un abuelo, el coronel Matías Ybarra, con Nicolás, su nieto, se cuentan las andanzas de un gato que, según el momento, es Rudyard o Barraquito)

Hasta aquel mediodía —el día de autos— Rudyard había sido más que nada Barraquito y parecía una persona humana, un joven gato negro de fina estampa. Los dos tenían, abuelo y nieto, su propia colección de mordidas y arañazos, pero eso entra dentro del comportamiento jovial de un joven gato. Aquel mediodía, poco antes de almorzar, los dos oyeron de pronto un estrepitoso aleteo, seguido de un inconfundible salto fuerte y seco. Era el signo de un ataque frontal de Rudyard a un vencejo, el primero de aquel año. El espectáculo es aterrador, una cacería en toda regla en su descarnada fase uno.

El coronel se abalanzó a separarlos, el vencejo aleteó ya en su mano, clavándole las agudas garras—alfileres y chiando. Habían blindado la terraza con altas teleras, así que para echar el vencejo al aire se tuvo el coronel que encaramar en los palés del laurel y del naranjo. Nicolás le sujetaba malamente por las piernas. Por fin voló el vencejo echado al vacío, sintiendo mucho Nicolás no poder quedarse viéndolo entornar los ojos un poco todavía. Al echarlo a volar, respiraron ambos aliviados. ¿Tenía o no tenía Rudyard buenos sentimientos? ¿Era Rudyard bueno, o malo? ¿Era Rudyard o no era, además de Rudyard (por *El libro de la selva*), Barraquito, un felino callejero pero noble?

Había llegado a casa del coronel a finales de febrero, y hasta mediados de mayo no se supo lo peor. Nicolás se quedó anonadado y hubo cuatro casos más. Solo en junio cuatro descarnadas cacerías salpicadas de chiídos y maullidos como rayos y centellas. ¿A dónde va a parar todo esto, este Rudyard felino? A lo largo de junio, julio y agosto, el coronel y Nicolás se miraron cara a cara y lo hablaron entre sí des-pavoridos.

Rudyard se vuelve Barraquito con el viento del oeste. Silba en las azoteas, sacude las contraventanas, tumba las sillas

de las terrazas, tumba el hermoso laurel de copa redondeada que en los días soleados evoca la geometría francesa de un gran parque. El viento del oeste no deja dormir a Barraquito en paz durante el día, lo sobresalta intermitentemente. Silba el viento a mediodía y Barraquito se despierta alarmado. Es el viento afilado y alarmante de las azoteas y terrazas del Argüelles vecino del parque del Oeste. En la terraza del coronel Matías Ybarra ondea combativa y urgente la bandera española. Tabletea la tejavana de metacrilato verde. Esos días da un poco de pena ver maldormir a Rudyard-Barraquito. Se ovilla y se desovilla demasiado. Ningunos almohadones - ni cuadrados ni redondos- esparcidos por el suelo le vienen bien del todo. Y no se le puede ya acunar, porque con nueve meses cumplidos es ya un gato cadete, embutido en su elegante uniforme negro con botonadura amarilla, como los oficiales japoneses de la Marina imperial.

Aquella primavera se retrasó la lluvia hasta mediados de abril. Hubo sequía invernal primero y primaveral después. Rudyard no tuvo, pues, experiencia de la lluvia ni de las bíblicas aguas, a excepción de la cisterna del baño, un grifo jaula de la cocina y su propia agua de beber, que esparcía con la patita, en momentos de gran excitación, como una ducha. La lluvia es, para nosotros los mortales todos -y esto incluye a Rudyard a título de gato-, una poderosa presencia invertida. El firmamento se desploma en vez de alzarse. El sol, en cambio, nunca es excesivo, ni en agosto. Ni siquiera el globalizado sol de hoy en día, cada vez más requisitorio. Con la lluvia, en cambio, no se puede uno arrellanar ni enroscar en los almohadones de los sillones de la terraza. Al sol se le engaña con sombrillas de colores. La lluvia, como Barraquito, como Nicolás, es incesante.

(Fragmento del capítulo 1 del libro
El destino de un gato común)

El coronel se extendió mucho esa tarde: el tema era la comprensión del gato. Nicolás atendía como en clase, más que en clase, pero el texto de largo pronunciamiento del coronel Ybarra tenía un punto exagerado. Quizá eso fuese lo más interesante:

Se puede malatender a un niño y se puede malatender a un gato. Como nosotros, hay gatos de distintas razas y distintas partes del mundo. Nuestros gatos son todos felix catus, el gato común europeo. Y aquí empieza a malatenderse el gato. Hablo de malentenderlos porque todo el mundo cree entender a los gatos, los gatos se regalan, hay de sobra, la gente cree que todos son iguales. Nuestros gatos domésticos son básicamente tranquilos: duermen lo mismo que nosotros, unas ocho horas, y luego a tramos a lo largo de todo el día otras tres o cuatro. Son domésticos porque están hechos, camada tras camada, a lo largo de siglos, a convivir en nuestras casas: no hay nada más triste que un gato sin casa. (El coronel y Nicolás han comprobado este extremo yendo a visitar varios retenes de gatos madrileños sin casa: son guapos también -a veces mucho-, pero se los ve desorientados y con frecuencia hambrientos). Piensa en nuestro Rudyard tumbado encima de la cama o de la mesa cuando haces tus deberes. Le fascina el continuado flujo del boli sobre los folios blancos. E interviene en esa acción: apoya la cabeza ladeada sobre los folios, y los bigotes se esparcen como guías por el blanco restante, el fresco hocico olfatea tus dedos mientras escribes, olfatea incluso la sosa y regulada tinta del boli, se asombraría si escribieras con pluma estilográfica, le asombraría la desmesurada tinta del tintero que ensucia un poco los dedos. Esa bonita escritura con pluma es demasiado excitante hoy día, tanto para el gato como para nosotros. Observa cómo sin alejarse nunca o bajarse de tu mesa se echa una siestecita mientras estudias. Es perezoso como tú. Preferiría quizá saltar y brincar en la terraza, perseguir a las fascinantes salamanquesas provistas de dedos adhesivos

que se instalan en los alrededores del grifo de la mangarriega, justo un palmo por encima de su alcance.

Preferiría eso, pero sin embargo se queda contigo. Dado el punto de vista de la estimulación sensorial, nosotros nos parecemos más a las salamanquesas que a los moscardones o las moscas.

Es un gran consuelo para el gato que ni las salamanquesas ni nosotros seamos capaces de revolotear. Los gatos prefieren que tengamos, como ellos mismos, una movilidad controlada. Les asombra que todo el tiempo entremos y salgamos de las habitaciones y las casas. Les parece reprobable y nos miran inquisitivamente con los ojos muy abiertos. ¿Adónde tendrá que ir ahora? Hacer mudanza les parece una impresentable falta de tacto y discreción. No puedes ni debes esperar que un gato te acompañe si tú no le acompañas. Tampoco puedes contar con que esté siempre en perfecto estado de revista si tú no lo cepillas todas las mañanas. Hay que aprender a deleitarse viendo dormir al gato, estirado cuan largo es, rabo incluido, cruzadas con delicadeza las patas delanteras y traseras. Hay que no acariciar al gato intempestivamente, de la misma manera que no se te puede acariciar a ti a cualquier hora. Esto último puede llegar a ser difícil porque los gatos son graciosos, más que tú. Es imposible acomodar a un gato.

Además es indebido. Los gatos —incluidos los más pequeños, apenas destetados— se acomodan o se desacomodan solos. E incluso parecen acomodarse mejor en los sitios que nosotros consideramos incómodos, en lo alto de una butaca, por ejemplo. Los dibujantes engreídos o académicos dicen que los gatos son difíciles de dibujar porque no posan bien. ¡Claro que no! Los gatos posan solo en lo interior de lo interior de las conciencias. ¡Ahí dentro dejan de ser materia signata quantitate para volverse pura forma imaginaria! Sería un

grave error interpretar la domesticidad del gato como una sumisión. Todo gato es por naturaleza insumiso. No hay nunca sumisión. Hay, en cambio, interiorización. Todo gato es interior, imaginario.

(Nicolás no acaba de entender del todo al abuelo. Decir que un gato es interior o imaginario ¿no es lo mismo que decir que una mesa o una silla en las que pienso con los ojos cerrados son imaginarias? Si el abuelo dice que un gato es imaginario, ¿quiere decir que no existe? Porque eso sería falso. Un gato existe lo imagines o no, piensa Nicolás, aplicando a los comentarios de su abuelo un curioso realismo gnoseológico impropio de su edad. Nicolás entiende, sin embargo, que el abuelo considere que el gato es interior un poco lo mismo que su madre y sus amigas decían siempre que Nicolás era un niño introvertido. Sus emociones iban de dentro a dentro, no de fuera a dentro ni de dentro a fuera. Así que ni su madre ni sus amigas supieron nunca —tampoco lo pensaron mucho— si a Nicolás le gustaba que le dieran un beso o no.

Ahora Nicolás piensa: Es verdad, quizá, que un gato es interior, introvertido como yo. Nicolás, de todos modos, piensa que su abuelo desbarra. Pero ¿no sería muy aburrido que el abuelo nunca desbarrara?).

Observa cómo Rudyard —incluso en su versión callejera de Barraquito— crea interior. Es prepotente en eso. Y su domesticidad es en el fondo una inmensa capacidad de crear con su figura un interior tras otro. Noli foras ire sería su lema si Rudyard no destestase tanto como detesta la teología agustiniana del pecado original.

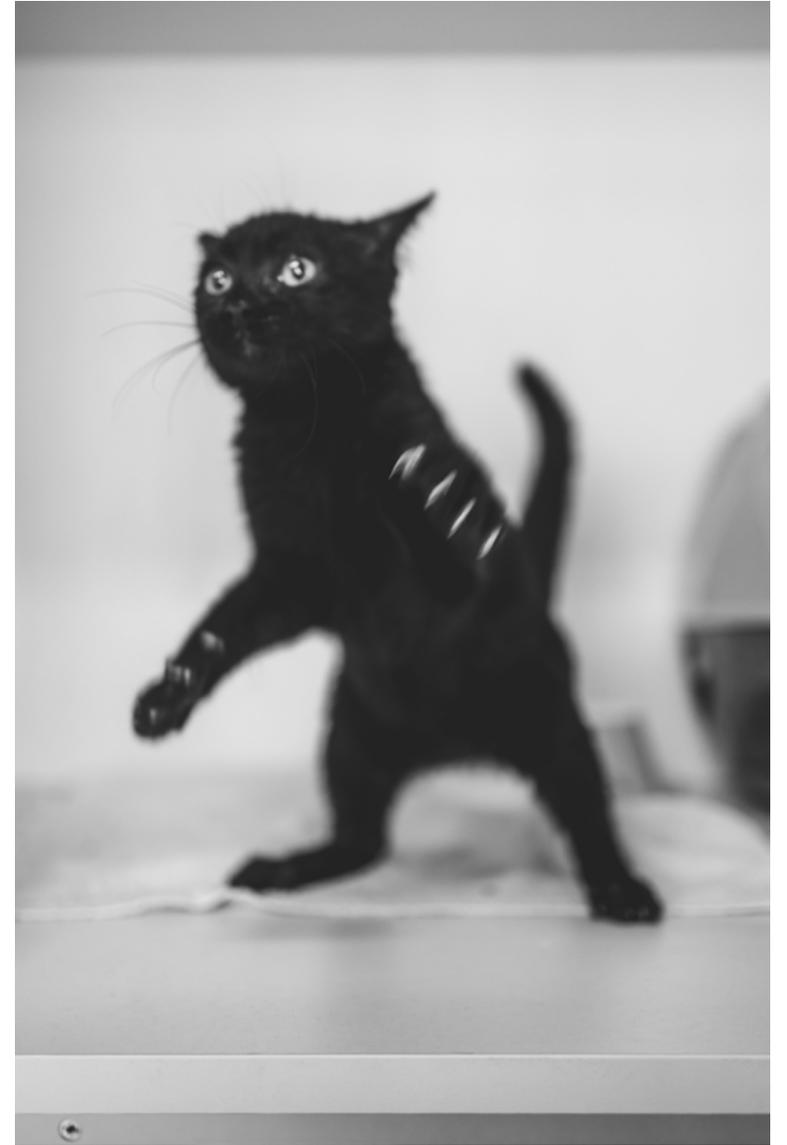
(Fragmento del capítulo 8 del libro
El destino de un gato común)



Fotografia de
Astrid Castro



Fotografía de
Carmen García



Fotografía de
Alma González



Fotografía de
Joaquín Tornero



Fotografía de
Javier Oliva



Fotografía de
Elena Marco



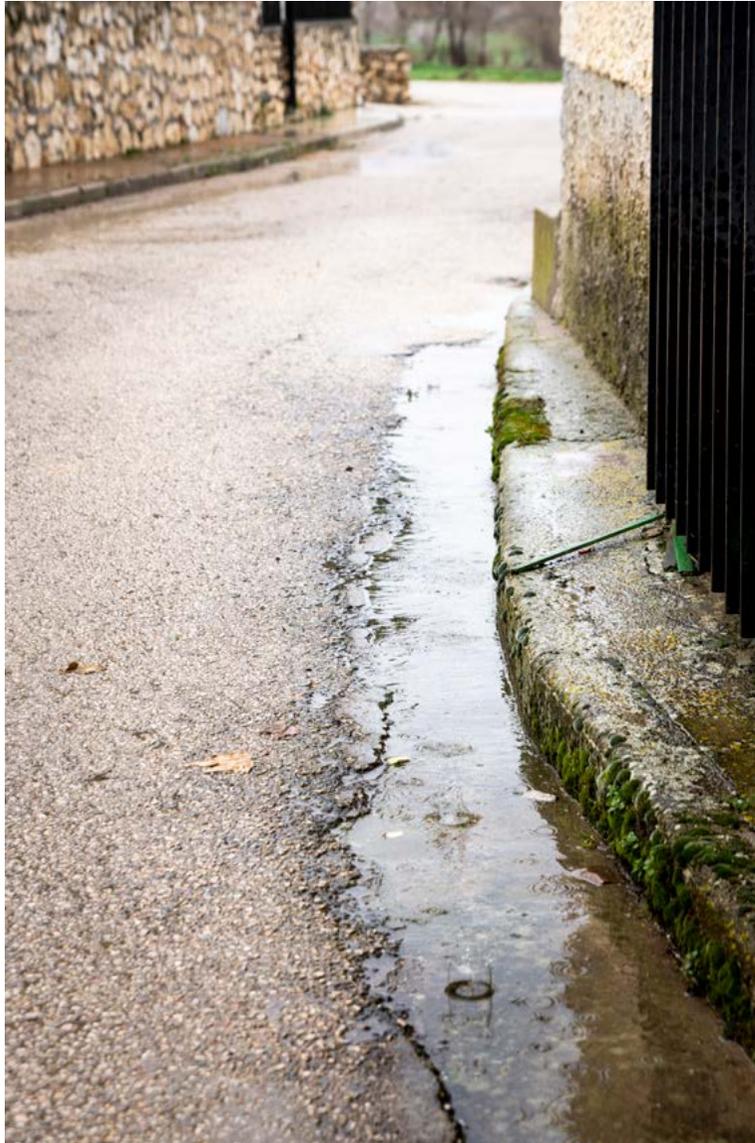
Fotografía
de Antonio
Palenzuela



Fotografía de
Jfco. Saborit



Fotografía de
Virginia Menchón



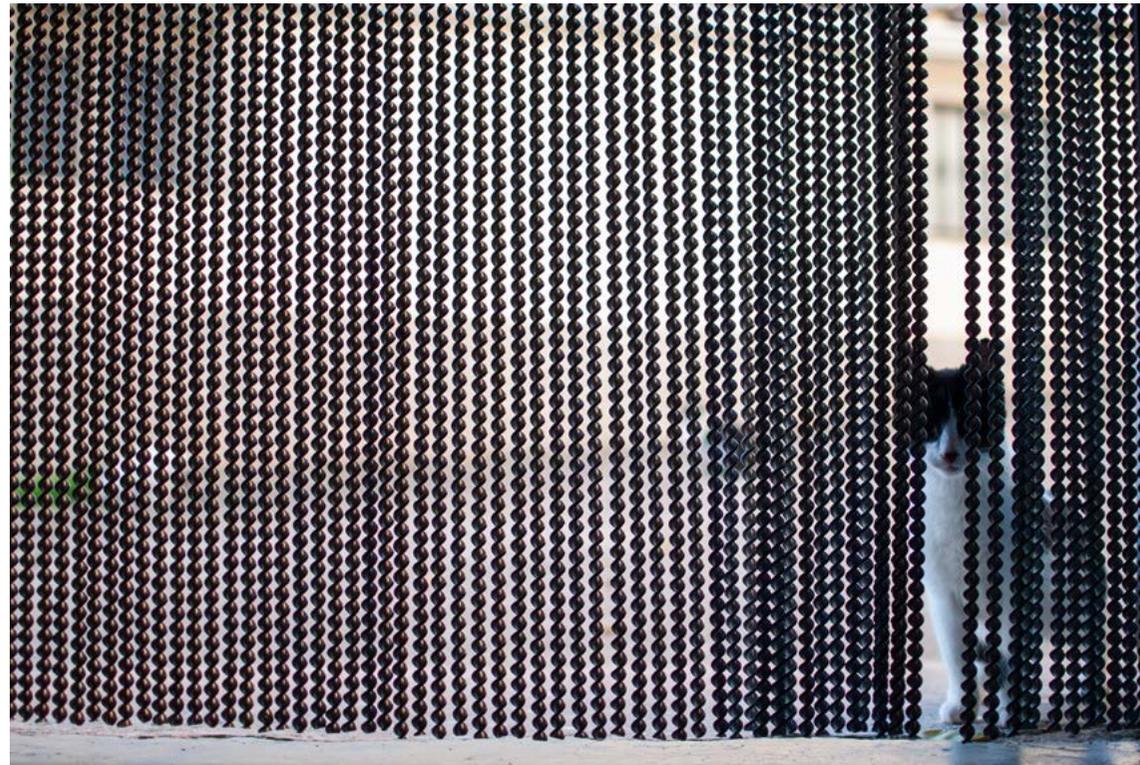
Fotografía de
José Manuel Mora



Fotografía de
Lara Salvador



Fotografía de
Luz Hernández



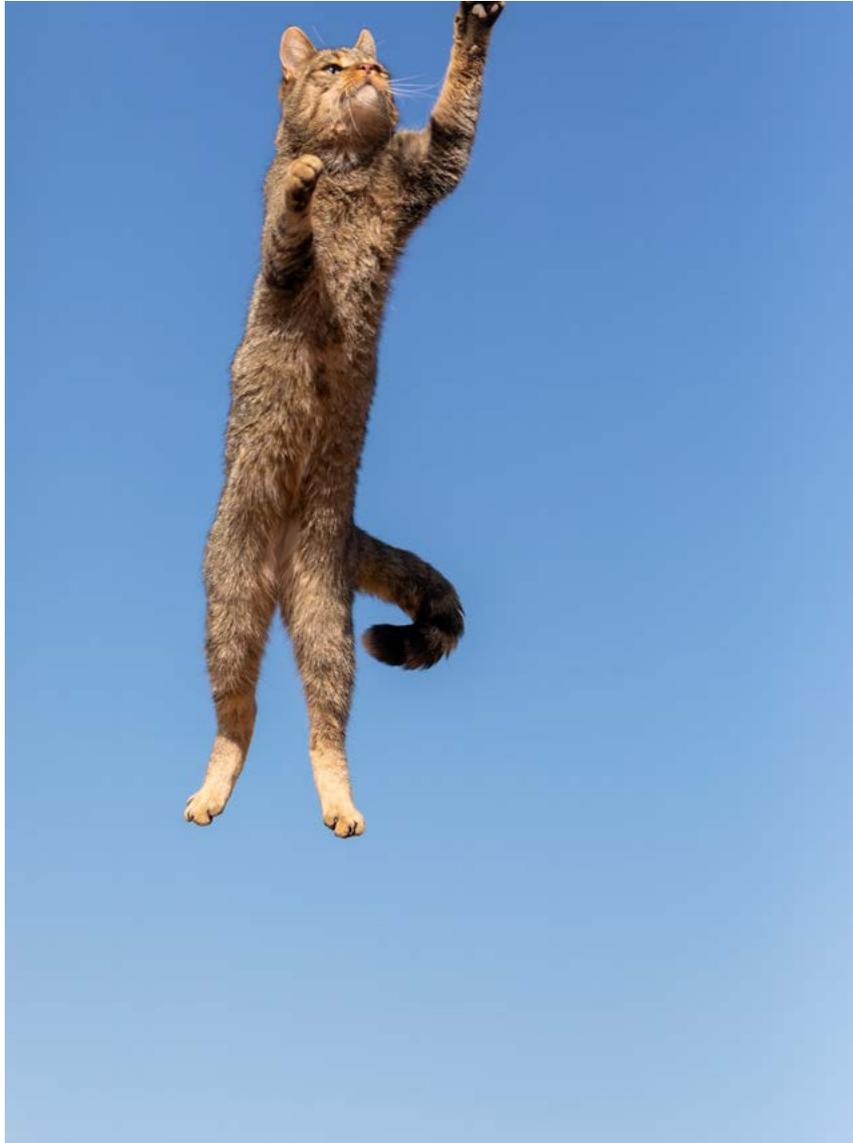
Fotografía de
Maribel Taberné



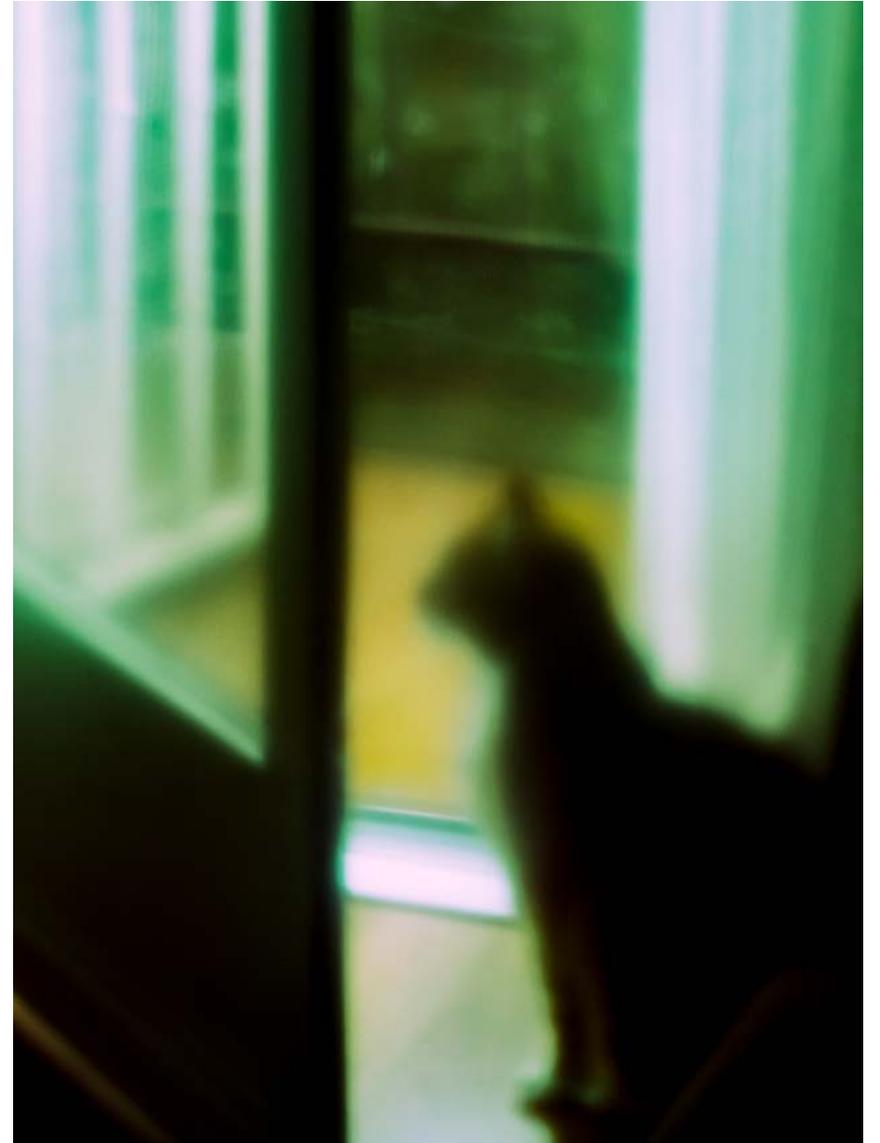
Fotografía de
Mercedes del Cura



Fotografía de
Marina Cerezo



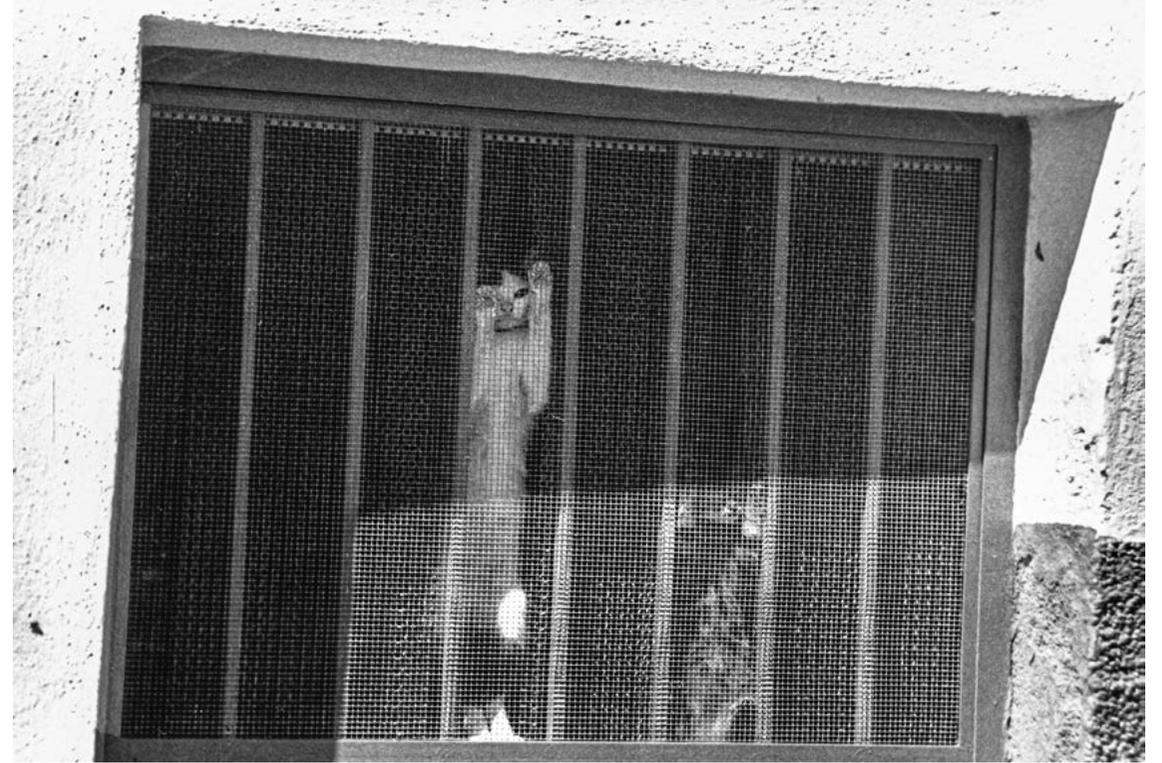
Fotografía de
Marta López Cela



Fotografía de
Mauro Gómez



Fotografía de
Natalia Garcés



Fotografía de
Paloma Pérez de Andrés



Fotografía de
Paloma Sigüenza



Fotografía de
Rick Shepherd



Fotografía de
Sara Perdigon



Fotografía de
Tamara Ovejero



Fotografía de
Yary del Castillo



Fotografía de
Lourdes Casas

© de los textos, Álvaro Pombo
© de las imágenes, sus autores

Dirección editorial y coordinación: Natalia Garcés

Diseño y maquetación: Melanie Tamurejo y Nadia Moutawakil

Corrección: Ignacio Garcés

Documentación: Melanie Tamurejo

Edita: Aula de Fotografía de la Fundación General de la Universidad de Alcalá

Alcalá de Henares, 23 de abril de 2025



Los relatos fotografiados de Álvaro Pombo

Un proyecto enmarcado dentro del Festival de la Palabra 2025
con motivo del homenaje al Premio Cervantes Álvaro Pombo



Universidad
de Alcalá



FUNDACIÓN
GENERAL
UNIVERSIDAD
DE ALCALÁ



AULA DE
FOTOGRAFÍA
FUNDACIÓN GENERAL
DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ